

## CAPÍTULO XVI.

---

Quando volví á pasar por la plaza del Mercado, en uno de sus ángulos, me saludó amistosa y familiarmente la susodicha frutera, como si fuéramos antiguos conocidos. Es indiferente, pensé, la manera como se ponen en relación las personas, con tal que lleguen á conocerse. Un par de higos arrojados á la cara, cierto es que no son la mejor introducción; pero yo y la frutera nos miramos esta vez tan amistosamente como si de una y otra parte se hubieran cambiado las mejores cartas de recomendación.

La mujer no tenía mal aspecto ni mucho menos; verdad es que se hallaba ya casi en esa edad en que los años de servicio se consignan en la frente con fatales surcos; no obstante, estaba en cambio bastante corpulenta, y lo que había perdido en juventud lo había ganado en peso. Además, su rostro conservaba vestigios de una extraordinaria belleza, y se veía en él escrito, como en la antigua vajilla: « Amar y ser amado es la mayor felicidad de la tierra. » Pero lo que le prestaba mayor atractivo era su peinado; sus ensortijados bucles empolvados, cubiertos de abundante pomada é idílicamente entretejidos de blancas campanillas.

Contemplaba á aquella mujer con la misma atención, con que un anticuario contempla sus recién descubiertos torsos de mármol; podía estudiar mucho más en aquella ruina humana viviente, podía comprobar en ella las huellas de todas las civilizaciones de Italia: la etrusca, la romana, la gótica, la lombarda, hasta descender á la empolvada moderna; y era para mí bien interesante el contraste que existía entre las cultas maneras de esta mujer y su profesión é inconsiderados hábitos.

No me despertaban menos interés los artículos de su comercio, las frescas almendras, que jamás había yo visto envueltas en su primitiva cáscara verde, los olorosos y frescos higos, que veía amontonados, como entre nosotros las peras. También me regocijaban las grandes cestas con frescos limones y naranjas; y ¡oh espectáculo admirable!—al lado, en una cesta vacía, estaba reclinado un hermosísimo niño, que tenía una pequeña campanilla en la mano, y cuando sonaban las grandes campanas de la catedral, entre campanada y campanada, hacía él sonar la suya diminuta, y con tan feliz y completo olvido del mundo sonreía al cielo azul, que á mí mismo se me ocurrió, á mi vez, el más infantil de los caprichos, y me quedé parado como otro niño ante la cesta riente, me acerqué, y trabé conversación con la frutera.

A causa de mi tartamuda charla italiana, al principio me tomó por un inglés, pero le confesé que era alemán. Entonces me hizo mil preguntas geográficas, económicas, hortológicas y climatéricas sobre Alemania, y se quedó

admirada cuando le confesé también que entre nosotros no se criaban limones, que los pocos que recibíamos de Italia, los teníamos que exprimir mucho para hacer ponche, y que, desesperados, les sustituíamos con el ron.

—¡Ah, querida señora!—le dije—nuestro país es muy frío y húmedo, nuestro verano es sólo un invierno embadurnado de verde, hasta el sol tiene que usar entre nosotros una camiseta de franela si no quiere resfriarse; bajo este sol de franela amarilla no pueden nunca madurar nuestros frutos y están desabridos y verdes. Dicho sea entre nosotros, el único fruto maduro que poseemos son las manzanas asadas. Respecto á los higos, lo mismo que los limones y las naranjas, tenemos que traerlos de países extranjeros, y á consecuencia de lo largo del viaje se ponen insípidos y harinosos; sólo podemos adquirirlos frescos y de primera mano, de la peor clase, esto es, tan amargos, que el que los recibe de balde todavía os entabla una querrela por verdadera injuria. En cuanto á almendras sólo tenemos las amígdalas, y esas infartadas (1). Carecemos en fin, de toda clase de frutas distinguidas, y sólo poseemos grosellas, peras, nueces, ciruelas y demás vulgacho.

(1) La frase alemana, traducida literalmente, dice: *en cuanto á almendras sólo tenemos las infartadas*, que así sería ininteligible, porque hay un juego de palabra hecho con la voz *mandel*, que significa á la vez *almendra* y *amígdala*, ó *glándula salival*, cuyo juego no resulta en castellano, donde, aunque ambas son en su origen la misma palabra, se usa la forma vulgar para el fruto y la clásica latina para la glándula.

## CAPÍTULO XVII.

---

Me alegré verdaderamente de haber hecho una buena amistad, apenas llegado á Italia, y si sentimientos poderosos no me impulsaran hacia el Sur, me hubiera quedado con preferencia en Trento, al lado de la buena frutera, de los buenos higos y almendras, del pequeño campanero, y, si he de decir la verdad, al lado de las bellas muchachas, que á bandadas cruzaban ante mí.

No sé si otros viajeros asentirán al calificativo «bellas»; pero á mí me cayeron extraordinariamente en gracia las tridentinas.

Eran precisamente de la especie que á mí me gusta; pues yo amo esos rostros pálidos, elegiacos, en que los ojos negros lanzan rayos de febril amor; yo amo también la morena tez de aquellos altivos cuellos, que ya Febo amara y con sus besos obscureciera; amo también aquellas nuca harto maduras en que se advierten rojos puntitos como si golosos pájaros hubieran picoteado en ellas; pero amo, ante todo, aquel andar genial, aquella muda música del cuerpo, aquellos miembros, que se mueven con el más dulce de los ritmos, voluptuosos, flexibles, con divina languidez, con el abandono de la muerte,

y no obstante, con una elevación etérea, siempre poética hasta lo sublime. Amo todo esto, como amo la poesía misma, y estos miembros melódicamente movidos, este admirable concierto humano, que se elevaba en torno mio, hallaba su eco en mi corazón, y despertaba tonos con él en armonía (1).

Ya no era el mágico poder de la primer sorpresa, lo quiméricamente romancesco de una extraordinaria aparición, era ya el tranquilo espíritu con que un verdadero crítico lee un poema, el que contemplaba á aquellas hermosas mujeres con ojos entusiastas pero prudentes. Y en tal contemplación se descubría mucho, muchas cosas tristes: la riqueza del pasado, la pobreza del presente y el orgullo que sobreviviera.

De buena gana adornaríanse aún las hijas de Trento como en tiempo del Concilio, en que por doquier brillaban en la ciudad el terciopelo y la seda; pero el Concilio dió pocos resultados, el terciopelo se chafó, la seda se grietó, y á las pobres muchachas no les quedó más que un miserable oropel, que limpian ansiosamente durante la semana, para adornarse con él los domingos. Mas algunas tienen que arreglárselas sin este resto de un lujo que ya pasó, y tienen que recurrir á toda clase de ordinarios y baratos productos de nuestra época. Hasta se dan conmovedores contrastes entre el cuerpo y el vestido; boca elegantemente cortada como para dictar órdenes de príncipe, se ve injuriosamente protegida por un miserable

(1) Este punto está bastante alterado en la versión francesa.

sombrero de corteza, adornado con flores de papel; el más altivo seno se hincha bajo una ridícula gorguera de imitación de encaje, y el talle más gentil se envuelve en la más vulgar indiana.

¡Oh dolor, su nombre es indiana, y quizá indiana con rayas oscuras! Pero ¡ah! nada me ha impresionado nunca más dolorosamente que el ver á una tridentina cuyas formas y color del rostro le hacían asemejarse á una diosa de mármol, y que sobre su cuerpo clásico y noble llevaba un vestidillo de indiana á rayas oscuras; de modo que no parecía sino que á la marmórea Niobe le había dado de pronto la humorada de disfrazarse con nuestro moderno traje y recorrer las calles de Trento (1) cual orgullosa mendiga, enredándosele la falda á los pies de una manera grandiosa.

(1) La versión francesa dice: *de una ciudad del Tirol italiana.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XVIII.

---

Cuando regresé á la *locanda della Grande Europa* (1), en la que había mandado preparar un buen *pranzo* (2), estaba realmente con el ánimo tan contristado, que no pude comer, lo cual quiere decir mucho. Me senté á la puerta de la *botega* (3) vecina, me refresqué con un sorbete y me dije á mí mismo:

—¡Oh corazón caprichoso! Ahora que estás en Italia, ¿por qué no entonas el *tirili*? ¿Es acaso que las antiguas penas alemanas, ocultas en tu fondo cual sierpecillas, se han venido contigo á Italia, se regocijan ahora, y precisamente su júbilo corporativo produce en el pecho este pintoresco dolor, que en él punza, salta y silba de un modo tan extraño? Y ¿por qué no han de regocijarse alguna vez los antiguos dolores? Aquí, en Italia, todo es, en efecto, tan bello, que hasta las mismas penas lo son; en estos ruinosos palacios de mármol resuenan los suspiros mucho más románticamente que en nuestras limpias casitas de ladrillo; bajo estos lau-

---

(1) En italiano, *Hospederia*, etc.

(2) En idem, *una buena comida*.

(3) Mejor escrito *bottega*, *tienda*.

reles se puede llorar de modo más gozoso que bajo nuestros regañones y puntiagudos abetos, y puede uno languidecer más dulcemente siguiendo con enamorados ojos las ideales formas de las nubes del azul cielo italiano que contemplando el cielo alemán siempre de color gris ecnicio, en el que hasta las nubes recortan las honradas muecas de los burguesillos y bostezan aburridas desde su altura. ¡Permaneced en mi pecho, oh dolores, que en ninguna parte hallaréis mejor alojamiento! Me sois queridos y preciados, y nadie sabe manteneros y cuidaros como yo, pues os confieso que me causáis placer. Y, después de todo, ¿qué es el placer, si el placer no es más que un dolor muy agradable?

Creo que la música, que sin que me fijara en ello, sonaba ante la puerta de la *botega*, y había atraído en torno un círculo de oyentes, había acompañado melodramáticamente mi anterior monólogo.

Consistía ésta en un trío singularísimo, compuesto por dos hombres y una muchacha que tocaba el arpa. Uno de los hombres, vestido de invierno con un levitón de castor blanco, era un robusto individuo con cara de bandido redonda y colorada, que bajo su cabellera y barba negra surgía ardiente como un cometa amenazador, y entre sus piernas sostenía un disforme violón, al que frotaba tan furiosamente como si hubiera derribado en los Abruzzos á algún pobre viajero y tratase de segarle cuanto antes el cuello. El otro era un viejo alto y flaco, cuyas débiles piernas temblaban bajo un derrotadísimo traje, y cuyos cabellos blancos como la nieve contrasta-

ban dolorosamente con su canto bufo y sus extravagantes cabriolas.

¡Ya es triste que un anciano tenga necesidad de vender el respeto debido á sus años y hacerse bufón callejero; pero es más triste todavía que lo haga en presencia ó en compañía de su hija! Y aquella muchacha era hija del viejo bufo y acompañaba con el arpa las más indignas muecas de su anciano padre, ó bien dejaba á un lado el instrumento y cantaba con él un *duetto* cómico en que aquél representaba un viejo loco enamorado y ésta su amada joven y coqueta.

Añádase á esto que la muchacha parecía haber llegado apenas á la pubertad, y que seguramente se había convertido la niña en mujer antes de ser adolescente, y de fijo en una mujer nada pudorosa. De aquí la marchita palidez y el febril malestar del bello rostro, cuyas formas dotadas de altivos movimientos, apartaban al punto toda inquieta compasión; de aquí la secreta tristeza de los ojos, que brillaban provocativamente bajo sus negros arcos de triunfo; de aquí el acento profundamente doloroso de la voz, en tan desagradable contraste con los sonrientes labios de que se escapaba; de aquí lo enfermizo de aquellos delicadísimos miembros, que cubría, cuanto le era posible, cuidadosamente un corto vestidillo de seda color violeta. Cintas de satén de chillones colores ondeaban en su viejo sombrero de paja, y adornaba su pecho, hartó simbólicamente, un abierto botoncillo de rosa, que más parecía haber sido abierto á la fuerza que haberse desplegado por impulso propio del interior de su verde capullo.

No obstante, en aquella infeliz muchacha, en aquella primavera, herida ya por el hálito destructor de la muerte, había un encanto indescriptible, una gracia que se revelaba en cada gesto, en cada movimiento, en cada una de sus notas; que ni aun quedaba del todo desmentido, cuando con el cuerpecillo hacia adelante y con irónica voluptuosidad, bailaba en dirección á su padre, que balanceándose de un modo indecoroso, venía hacia ella, presentando su esqueleto de vientre.

Cuanto más desvergonzadamente gesticulaba más profunda compasión hacia ella brotaba en mí, y cuando su canto se elevaba tierno y admirable de su pecho, como demandando perdón, estremecíanse de gozo las sierpecillas en mi seno y se mordían de placer la cola. También la rosa me parecía que miraba suplicante, y hasta una vez la vi temblar y palidecer; pero en el mismo momento los trinos de la muchacha resonaron tan alegres y agudos, el viejo berrecó aun más amorosamente, el del rojo semblante de cometa martirizó su violón con tal cólera, que le hizo exhalar los sonidos más grotescos concebibles, y los oyentes prorrumpieron en locos gritos de júbilo.

---

## CAPÍTULO XIX.

---

Era un verdadero trozo de música italiana de alguna aplaudida ópera bufa, de ese extraño género que abre el más vasto campo al humorismo, y en el que puede abandonarse este á toda su danzadora alegría, á toda su loca sensibilidad, su melancolía risueña, y sus inspiraciones de muerte sedientas de vida... Era en un todo la manera de Rossini que se revela espléndidamente en el *Barbero de Sevilla*.

Los detractores de la música italiana que rompen lanzas contra este género, no escaparán un día en el infierno á su condigno castigo, y serán probablemente condenados por toda una eternidad á no oír otra cosa que fugas de Sebastián Bach. Lástima me dan algunos de mis colegas, tales como Rellstab, que tampoco podrá evitar dicha condenación, si antes de su muerte no se convierte á Rossini.

¡Rossini, divino maestro, sol (1) de Italia, que has difundido tus sonoros rayos por todo el mundo, perdona á mis compatriotas, que blasfeman de tí en papel de es-

---

(1) El original usa la palabra griega *helios*.

cribir y en papel de estraza! (1). Yo, por mi parte, me regocijo en tus aureos acordes, en tus fulgores melódicos, en tus centelleantes ensueños de mariposa que me envuelven con fantástico velo y besan mi corazón cual con los labios de las Gracias! ¡*Divino maestro*, perdona á mis pobres conterraneos, que no ven tu profundidad porque la cubres con rosas, y para los que no eres bastante cargado de pensamiento, bastante fundamental, porque tan fácilmente elevas el vuelo de tus divinas alas!

Verdad es que para amar la actual música italiana, y por este mismo amor entenderla, es preciso tener á la vista el pueblo mismo, su cielo, su carácter, su fisonomía, sus dolores, sus alegrías, toda su historia, en fin, desde Rómulo, el fundador del Santo Imperio Romano, hasta los novísimos tiempos en que vino á tierra bajo Rómulo Augústulo II.

A la pobre Italia esclava le está prohibido hablar, y sólo por medio de la música puede exteriorizar los sentimientos de su corazón. Todo su odio contra la dominación extranjera, todo su entusiasmo por la libertad, toda la rabia que le inspira el sentimiento de su impotencia, la tristeza del recuerdo de su grandeza pasada, y á más de esto su débil esperanza, su expectativa, su sed de auxilio, todo esto se oculta en esas melodías, que pasan insensiblemente de la más grotesca embriaguez de vida á la ternura más elegíaca, y en esas pantomimas, en que

(1) La versión francesa dice: *en papel gris como la piel del asno.*

de las caricias halagüeñas, se pasa locamente á la ira amenazadora.

Este es el sentido esotérico de la ópera bufa. El exotérico centinela (1), en cuya presencia se cantan y representan, jamás llegará á sospechar lo que significan esas apacibles historias, esos conflictos y coqueterías de amor, bajo las cuales encubre el italiano sus más mortíferos pensamientos de independencia, como Harmodio y Aristogiton sus puñales bajo una corona de mirto.

¡Qué asunto tan necio!—dice el exotérico centinela, y es bueno que nada eche de ver, porque de otro modo, el *impresario*, juntamente con la *prima donna* y el *primo uomo*, pronto pisarían una escena que representara una prisión; serían sometidos á una comisión inquisitorial todos los gorgoritos peligrosos para el Estado y sujetos á un proceso todos los revolucionarios *fiorituri*; se pondría á buen recaudo á una porción de arlequines, complicados en las vastas ramificaciones, como haraganes peligrosos, y también detendrían á Tartaglia, á Brighella y hasta al viejo y circunspecto Pantalón; serían secuestrados los papeles al *dottore di Bologna*, él mismo vendría á ser considerado como uno de los más sospechosos, y Colombina se pondría los ojos enrojecidos de llorar esta desgracia de familia.

Pero yo creo que semejante desdicha no caerá jamás sobre estas buenas gentes, porque los demagogos ita-

(1) La versión francesa dice: *El centinela exótico y austriaco.*

hianos son más astutos que los pobres alemanes, quienes á tener la misma idea, se disfrazaran de payasos negros con negras caperuzas (1); pero siempre tendrían aspecto atribulado, y en las piruetas principales, que ellos llamaran *turns* (2) pondrían tan peligrosas posturas y semblantes tan serios, que al fin los gobiernos lo notarían y tendrían que echarlos el guante.

(1) La versión francesa dice: *caperuzas de locos teutómanos.*

(2) La versión francesa dice: *patriotismo gimnástico.*

## CAPÍTULO XX.

Hubo al fin de notar la pequeña arpista que mientras ella cantaba y tocaba, dirigía yo la vista con frecuencia hacia la rosa de su seno, y al acercarme al platillo de estaño en que recogía sus honorarios, y arrojar en él una moneda (1), que no era de las más pequeñas, sonrió maliciosamente, y me preguntó en tono misterioso, si deseaba la flor.

Entonces, yo que soy el hombre mas cortés del mundo, y que ¡por nada del mundo! quisiera ofender á una rosa, aunque ésta sea una rosa que ya ha perdido algo de su perfume, pensé:

— Si ya no está completamente fresca, ni tampoco tiene ya aroma de virtud, como acaso le tenía la rosa de Saron, ¡qué me importa, si precisamente tengo la nariz acatarrada! Además que sólo los hombres tienen tantos escrúpulos. La mariposa no pregunta previamente á la flor: ¿Te ha besado ya alguna otra? Ni ésta le contesta: ¿Has revoloteado ya en torno de otra? Añádase á esto que estaba anocheciendo, y pensé: de

(1) La versión francesa añade: *de plata.*

noche todas las flores son pardas, lo mismo la rosa más pecadora que el más virtuoso perejil. Para acabar de una vez, sin demasiadas vacilaciones, le dije á la pequeña arpista: *Si, signora.....*

No vayas á pensar mal, querido lector. Había anochecido, y las estrellas lanzaban sus claros y píos destellos en mi corazón, en el que aun se agitaba el recuerdo de la difunta María. Pensaba de nuevo en aquella noche, que me hallaba al pie del lecho en que yacían sus pálidos restos, con sus dulces labios enmudecidos. Pensaba de nuevo en la extraña mirada que me lanzó la anciana que debía velar el cadáver y me cedió su cargo por algunas horas. Pensaba de nuevo en la juliana (1) que estaba en un vaso sobre la mesa y exhalaba tan extraño perfume. Y de nuevo volvió á asaltarme esta duda: ¿fué realmente una ráfaga de viento la que apagó la lámpara, ó había en el cuarto una tercera persona?

(1) Viola matronal, especie de *alhelí*. La versión francesa dice *hesperis*, amarillo.

## CAPÍTULO XXI.

Me recogí pronto, no tardé en dormirme y me engolfé en extravagantes ensueños. Retrocedí bajo su influjo algunas horas, y volví á entrar en Trento, á admirarme como antes, y mucho más ahora que por doquiera cruzaban por las calles flores en vez de personas.

Allá pasaban lozanos claveles que voluptuosamente se abanicaban, coquetonas balsaminas, jácintos con sus lindas cabezas vacías en forma de campanillas, y en pos de ellos venía una turba de bigotudos narcisos y de vulgares espuelas de caballero. En una esquina disputaban dos margaritas. A la ventana de antigua casa de aspecto caduco se asomaba un jaspeado alhelí, engalanado con extraños colores, y tras él resonaba una voz de violeta de exquisito perfume. En el balcón del gran palacio que se hallaba en el mercado, estaba reunida toda la aristocracia, la alta nobleza, esos lirios que ni trabajan ni hilan, y no obstante, se juzgan tan magníficos como el rey Salomón en toda su grandeza.

También creí ver allí á la obesa frutera; pero cuando fijé más la atención, vi que era un ranúnculo de invierno, que al punto se desató en tales denuestos contra mí:

—«¿Qué quiere usted, flor incipiente, pepino indigesto, flor ordinaria de un solo estambre? ¡ Todavía le voy á regar! » (1).

Me metí inquieto y apresuradamente en la catedral y casi aplasté á una pobre viejecita coja que se hacía llevar el libro de devociones por una pequeña margarita.

Volvi á encontrarme perfectamente en el templo: estaban sentados, formando largas filas, tulipanes de todos colores que movian devotamente la cabeza. En el confesionario estaba sentado un rábano negro, y ante él se arrodillaba una flor cuyo rostro no podía ver, pero exhalaba un aroma para mí tan familiar, que me hizo estremecer, y volver á pensar, de extraña manera, en el alhelí que estaba en el cuarto donde yacía el cadáver de Maria.

Cuando volvi á salir de la iglesia me encontré con un cortejo fúnebre compuesto de rosas cubiertas de negros crespones y provistas de blancos pañuelos, y ¡ah! sobre el féretro la rosa acabada de cortar, que yo viera sobre el seno de la joven arpista; ahora tenía un aspecto más conmovedor, pero estaba pálida como la cera, era el blanco cadáver de una rosa. Depositaron el féretro en una pequeña capilla; allí no había más que lágrimas y sollozos; por último, se adelantó una vieja amapola

(1) La versión francesa dice: *¿Qué quiere usted, cardo del Norte, pepino prusiano, flor ordinaria, flor de un solo estambre?* — En el original está, al parecer, en jerga plazuelesca: *eenen* por *einen* y *Jürke* por *Gurke*, etc.; pero no hay cardos ni prusianos.

y pronunció una larga oración fúnebre, en que charló mucho acerca de las virtudes de la difunta, de un terrestre valle de lágrimas (1), de una existencia mejor, de la caridad, de la esperanza y de la fe, todo esto en un tono de nasal canturía, un discurso tan lloron, tan largo y tan inacabable, que al fin me despertó.

(1) *Valle de lágrimas*, en el sentido místico de esta frase, se dice en alemán *Jammerthal*; pero Heine dice: *Katzenjammerthal*, es decir, *valle de lágrimas felinas*, de *algarabía* ó *maullería de gatos*.

## CAPÍTULO XXII.

---

Mi *vetturino* (1) había enganchado sus caballos antes que Febo (2), y á eso de mediodía llegamos á Ala. Aquí suelen estos conductores hacer una parada de una hora para cambiar de carruaje.

Ala es ya un verdadero nido italiano. Su posición es pintoresca, á la falda de un monte; un río pasa murmurando, vides de un verde claro trepan acá y allá por encima de aquellos palacios de mendigos que topetean entre sí, como si estuvieran cosidos unos á otros. En la esquina de la destartada plaza, que es tan pequeña como un corral de gallinas, se lee en grandísimas, en gigantescas letras: *Piazza di San Marco*.

Sobre un trozo de piedra de un grande y antiguo blasón nobiliario estaba un chiquillo haciendo sus necesidades. El espléndido sol iluminaba su inocente parte posterior; en sus manos tenía una hoja de papel con la imagen de un santo, la que besaba fervoroso antes de

---

(1) Francés *voiturin*, conductor de un carruaje, cochero, calesero, etc.

(2) El original dice: *Helios*.

usarla, y al lado suyo estaba una hermosísima niña, absorta en su contemplación, que de cuando en cuando soplabá, á guisa de acompañamiento, en una gaitilla de juguete.

La hostería en que me apeé y donde comí estaba ya igualmente montada á la italiana. En el piso principal tenía una *strada* al aire libre con vistas al patio, donde se veían carruajes destrozados y montones de estiércol en descomposición (1), pavos comunes con sus desairadas y carnosas barbas rojas, pavos reales que se paseaban cual orgullosos mendigos, y una media docena de andrajosos muchachos, tostados por el sol, que se despulgaban con arreglo al método de Bell y Lancaster. Sobre dicha *estrada*, á lo largo de una destrozada rampa de hierro, se llegaba á una extensa habitación cubierta. Su pavimento era de mármol, en el centro había un extenso lecho, en el que las pulgas celebraban sus bodas; por doquiera la suciedad más extraordinaria.

El hostelero, que saltaba de acá para allá, con objeto de comunicar mis deseos, vestía un sobretodo de color verde, á primera vista, y un rugoso y móvil semblante, en el centro del cual se asentaba una larga nariz acaballada, provista de una cerdosa y roja berruga, semejante á una mona con casaca colorada puesta sobre el dorso de un camello. Saltaba de acá para allá, y entonces parecía que la monita roja saltaba también de un lado para otro. Pero pasó una hora antes de que me sirviese

(1) *Sehnsüchtige*.

cosa alguna, y como me quejara de ello, me aseguró que hablaba ya muy bien en italiano.

Tuve que contentarme durante largo tiempo con el agradable olor del asado que llegaba hasta mí desde la cocina sin puerta, en que madre é hija, sentadas una al lado de otra, cantaban y desplumaban gallinas.

La primera era notablemente corpulenta; sus pechos, que se encabritaban de un modo extraordinario, no eran nada en comparación con el colosal juego posterior (1), de modo que si ya aquéllos se parecían á la *Instituta*, éste era como su vasto desenvolvimiento en *Pandectas*.

La hija no era muy gruesa, pero sí una persona de robusta conformación, y parecía tender también á la corpulencia; aunque su florida grasa no podía compararse en modo alguno con el viejo sebo de la madre. Los rasgos de su fisonomía no tenían la dulzura y el atractivo de la juventud, pero eran de hermosas proporciones, nobles y clásicas; los cabellos y los ojos eran negros como el carbón. La madre, al contrario, presentaba en su rostro rasgos inconsistentes, indecisos, una nariz roseolada, ojos azules, como violetas cocidas en leche, y cabellos empolvados de un blanco de azucena.

De cuando en cuando venía el hostelero, *il signor padre*, dando saltitos, y preguntaba por algún utensilio ó algún plato, recibiendo una tranquila invitación en forma recitativa para que él mismo lo buscara. Entonces chasqueaba la lengua, revolvía los armarios, goloseaba las

(1) *Hintergestell*.

ollas puestas al fuego, se escaldaba el hocico, y continuaba saltando y con él su nariz de camello y la monita roja. Apenas volvía la espalda estallaban las más alegres risas, burlas cariñosas, bromas de familia.

Pero este buen humor, esta hospitalidad casi idílica fue repentinamente turbada por un trueno de tempestad. Un granujilla cuadrado y de encendido rostro de asesino, entró precipitadamente, y gritó algo que no pude entender. Cuando las dos mujeres movieron la cabeza en significación de negativa, montó en cólera rayana en la locura y vomitó fuego y lava, como un pequeño Vesubio que se subleva. La hostelera parecía aconsejar con inquietud y murmuraba palabras conciliadoras, que no obstante produjeron efecto contrario, pues el muchacho rabioso asió una paleta de hierro y destrozó con ella algunos desventurados platos y botellas, y hasta golpeó á la pobre mujer, si la hija no hubiera empuñado un largo cuchillo de cocina y amenazado apuñalarle si no se retiraba al momento.

¡Era un espectáculo magnífico! La joven estaba en pie, pálida, amarillenta, rígida de cólera, como una estatua de mármol, con los labios descoloridos, y los ojos de mirar profundo y matador; una vena azul hinchada surcaba su frente, sus negros cabellos parecían sierpes ondulantes, y su mano apretaba el sangriento cuchillo! (1) Yo me estremecía de placer; veía ante mi de

(1) Este punto está falto en la versión francesa, que no traduce al principio más que: *La joven estaba en pie, inmóvil como*

carne y hueso el tipo de Medea, que con frecuencia soñara en las noches de mi juventud, cuando me adormía sobre el amado seno de Melpómene, bella y sombría divinidad.

Durante esta escena, el *signor padre* no salió en lo más mínimo de su paso; con hacendosa tranquilidad de espíritu, recogió del suelo los fragmentos, reunió los platos que habían quedado con vida, y me trajo al instante: *zuppa* con queso parmesano, un asado sólido y firme como la fidelidad alemana, cangrejos rojos como el amor, espinacas verdes como la esperanza, con huevos, y, por vía de postre, cebollas estofadas que arrancaron á mis ojos lágrimas de emoción.

—Eso no significa nada, es el método habitual de *Pietro*—díjome cuando yo admirado le hice seña en dirección á la cocina; y en efecto, en cuanto se alejó el autor de la camorra, no pareció sino que nada hubiera sucedido, madre é hija volvieron á sentarse tan tranquilas como antes, y siguieron cantando y desplumando gallinas.

La cuenta me convenció de que también el *signor padre* se daba buena maña para desplumar, y como, no obstante, después de pagarle, añadiera algo en concepto de propina (1), estornudó con tal fuerza, en el exceso de su satisfacción, que no sé cómo la monilla no cayó precipitada de su asiento.

Después hice un saludo amistoso en dirección á la co-

*una estatua de mármol*, suprimiendo *blasgelb und vor Zorn erstarrend*, que da color al cuadro.

(1) *Für die gute Hand* (por la buena mano).